



Lectura del santo evangelio según san Lucas (2,16-21)

En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo hacia Belén y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que les habían dicho los pastores. María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción».

El primer día del año 2023 coincide con el domingo después de Navidad. Al cumplirse ocho días desde el Nacimiento de Jesús, la liturgia se centra en la Madre, y considera de cerca y con mucho agradecimiento y afecto a la **Virgen-Madre que nos ha dado a luz al Salvador del mundo**. Ella lo ha llevado nueve meses en su seno, lo ha concebido en su seno y posteriormente lo amamantó y lo crió y educó como la mejor de las madres. Ahora nos lo regala tras un admirable parto, virginal y milagroso.



Por cumplirse los ocho días del nacimiento, se celebra también hoy el misterio de la Circuncisión del Señor. Las primeras gotas de sangre que el Salvador Niño derrama por nosotros.

En nuestra oración de estos días, nos podemos centrar en este misterio de la Maternidad divina de María, **agradeciéndola su admirable entrega**, y su humilde y generosa colaboración con los inescrutables designios divinos.

REFLEXIÓN DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Celebramos la solemne fiesta de María, Madre de Dios. «**Madre de Dios**», *Theotokos*, es el título que se atribuyó oficialmente a María en el siglo V, exactamente en el concilio de Éfeso, del año 431, pero que ya se había consolidado en la devoción del pueblo cristiano desde el siglo III, en el contexto de las fuertes disputas de ese período sobre la persona de Cristo.

Con ese título se subrayaba que Cristo es Dios y que realmente nació como hombre de María. Así se preservaba su unidad de verdadero Dios y de verdadero hombre. En verdad, aunque el debate parecía centrarse en María, se refería esencialmente al Hijo. Algunos Padres, queriendo salvaguardar la plena humanidad de Jesús, sugerían un término más atenuado: en vez de *Theotokos*, proponían *Christotokos*, Madre de Cristo. Pero precisamente eso se consideró una amenaza contra la doctrina de la plena unidad de la divinidad con la humanidad de Cristo. Por eso, después de una larga discusión, en el concilio de Éfeso, del año 431, como he dicho, se confirmó solemnemente, por una parte, la unidad de las dos naturalezas, la divina y la humana, en la persona del Hijo de Dios (cf. *DS* 250) y, por otra, la legitimidad de la atribución a la Virgen del título de *Theotokos*, Madre de Dios (cf. *ib.*, 251).

Después de ese concilio se produjo una auténtica explosión de devoción mariana, y se construyeron numerosas iglesias dedicadas a la Madre de Dios. Entre ellas sobresale la basílica de Santa María la Mayor, en Roma. La doctrina relativa a María, Madre de Dios, fue confirmada de nuevo en el concilio de Calcedonia (año 451), en el que Cristo fue declarado «*verdadero Dios y verdadero hombre (...), nacido por nosotros y por nuestra salvación de María, Virgen y Madre de Dios, en su humanidad*» (*DS* 301). El concilio Vaticano II en el capítulo 8 de la constitución *Lumen Gentium*, recogió la doctrina acerca de María, reafirmando su maternidad divina.

El título de **Madre de Dios** (...) expresa muy bien la misión de María en la historia de la salvación. Todos los demás títulos atribuidos a la Virgen se fundamentan en su vocación de Madre del Redentor, la criatura humana elegida por Dios para realizar el plan de la salvación, centrado en el gran misterio de la encarnación

del Verbo divino (...) La devoción del pueblo cristiano siempre ha considerado el nacimiento de Jesús y la maternidad divina de María como dos aspectos del mismo misterio de la encarnación del Verbo divino. Por eso, nunca ha considerado la Navidad como algo del pasado. Somos «contemporáneos» de los pastores, de los Magos, de Simeón y Ana, y mientras vamos con ellos nos sentimos llenos de alegría, porque **Dios ha querido ser Dios con nosotros y tiene una madre, que es nuestra madre.**

Del título de «Madre de Dios» derivan luego todos los demás títulos con los que la Iglesia honra a la Virgen, pero este es el fundamental. Pensemos en el privilegio de la «**Inmaculada Concepción**», es decir, en el hecho de haber sido inmune del pecado desde su concepción. María fue preservada de toda mancha de pecado, porque debía ser la Madre del Redentor. Lo mismo vale con respecto a la «**Asunción**»: no podía estar sujeta a la corrupción que deriva del pecado original la Mujer que había engendrado al Salvador.

Y todos sabemos que estos privilegios no fueron concedidos a María para alejarla de nosotros, sino, al contrario, para que estuviera más cerca. En efecto, al estar totalmente con Dios, esta Mujer se encuentra muy cerca de nosotros y nos ayuda como madre y como hermana.

(...) Precisamente **por ser Madre de la Iglesia, la Virgen es también Madre de cada uno de nosotros, que somos miembros del Cuerpo místico de Cristo.** Desde la cruz Jesús encomendó a su Madre a cada uno de sus discípulos y, al mismo tiempo, encomendó a cada uno de sus discípulos al amor de su Madre. El evangelista san Juan concluye el breve y sugestivo relato con las palabras: «*Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa*» (Jn 19, 27). Así es la traducción española del texto griego: εἰς τὰ ἴδια; la acogió en su propia realidad, en su propio ser. Así forma parte de su vida y las dos vidas se compenetrán. Este aceptarla en la propia vida (εἰς τὰ ἴδια) es el testamento del Señor. Por tanto, en el momento supremo del cumplimiento de la misión mesiánica, Jesús deja a cada uno de sus discípulos, como herencia preciosa, a su misma Madre, la Virgen María.

Queridos hermanos y hermanas, en estos primeros días del año se nos invita a considerar atentamente la importancia de la presencia de María en la vida de la Iglesia y en nuestra existencia personal. Encomendémonos a ella, para que guíe nuestros pasos en este nuevo período de tiempo que el Señor nos concede vivir, y nos ayude a ser auténticos amigos de su Hijo, y así también valientes artífices de su reino en el mundo, reino de luz y de verdad.

¡Feliz año a todos! Que el nuevo año, iniciado bajo el signo de la Virgen María, nos haga sentir más vivamente su presencia materna, de forma que, sostenidos y confortados por Su protección, podamos contemplar con ojos renovados el rostro de su Hijo Jesús y caminar más ágilmente por la senda del bien.

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

Octava del Nacimiento del Señor. Ocho días después, la Iglesia nos hace contemplar a Su Madre bendita. Con amor indecible, llena de gratitud, ha mirado sin cansarse a Jesús Niño. Es la Madre muda del Verbo silencioso, *Verbi silentis Mater muta*, como canta una liturgia oriental... Es la antifona inicial de la Misa. "¡Salve, Madre Santa! ¡Virgen Madre del Rey que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos!".

Una fiesta de la Virgen, pero también un misterio de Jesús: su Circuncisión, gotas de Sangre Divina, lágrimas de Dios recién nacido... "El gran pequeño Rey" (S. Francisco de Sales) ofrece las primicias de Su sacrificio. La Redención no se opera en un instante. Más que punto único, es una resultante, una serie de momentos sucesivos. Una palabra, un gesto, una acción Suya cualquiera, hubiese sido suficiente para salvarnos.

La Circuncisión es uno de esos momentos. Jesús derrama hoy las primeras gotas de Su Sangre. Un día las verterá a raudales en la Cruz. Hoy brillan ya sangrientas perlas entremezcladas con Sus sollozos de Niño. Hoy, unas gotas... En el Calvario derramará toda Su Sangre. Así, la fiesta de hoy es transición entre Navidad y Pascua, puente entre Pesebre y Cruz.

Cuna, cruz, sepulcro

En este 1 de enero tenemos que reafirmarnos en una convicción. La Iglesia nos presenta un programa, un camino: "Jesús, nuestro Caudillo. Luz que ilumina nuestra ruta" (S. Cipriano). "El que era Dios se ha hecho hombre... Que Jesucristo te guíe..., y te haga llegar hasta la misma Divinidad" (S. Agustín).

Nuestra vida no es como la de los que nos rodean. Es tránsito del nacimiento a la gloria, pasando por la cruz. ¿Qué es la vida? preguntaba Eva Lavalière. Una cuna, una cruz, un sepulcro. Una cuna al nacer, una cruz

mientras se vive, un sepulcro con esperanza cierta de resurrección gozosa. *"Quien cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá"* (Jn 11,25).

"Vino a sufrir la muerte y regalar la Vida"

La Virgen nos muestra a Jesús en sus brazos maternos... Repite silenciosa: Mírale, ha aparecido la gracia salvadora de nuestro Dios a todos los hombres... Acércate, quiero ponerlo en tus brazos, tómallo, ha nacido para ti... ¿Temes acercarte a Jesús, tu Hermano, tu carne?... Mírale, ha experimentado todas tus miserias, menos el pecado... Así se hace misericordioso, perdona y olvida...

Sí, tómallo en tus manos... Contempla detenidamente Su faz... Bésalo con reverencia... Gózate confiado en Él. Puedes hacerlo, pues vino para salvación de pecadores. Con ellos, humilde, vivió, y a ellos Se dio en alimento. muriendo, entrega el precio de su rescate y reinando en el cielo es recompensa y premio (Sto. Tomás de Aquino).

Devuélveselo ya a su Madre. Contempla a María si puedes... Mira con cuánta diligencia y amor lo alimenta y trata... Fíjate, sin cansarte, en la faz de ese Niño que desean contemplar los ángeles... *"Dios, que se nos reveló en otro tiempo hablándonos por los Padres y Profetas, en estos días, ahora, se nos ha manifestado hablándonos en su Hijo"*, oírás en el Aleluya de la Misa... Fuera de ti, lleno de alegría: *"Cantad al Señor un cántico nuevo, porque hizo maravillas"* (Sal 98,1), *"Vino a recibir desprecios y dar honores, a extirpar el dolor y dar la salud, a sufrir la muerte y regalar la Vida"* (S. Agustín).

Dinamismo divino

"Ha aparecido la gracia salvadora de nuestro Dios a todos los hombres, enseñándonos a vivir en este siglo con sobriedad y justicia, mortificando nuestras pasiones y deseos de mundo...". Cristo nace para enseñarnos una nueva manera de vivir. *"Yo soy el Camino... Soy la Luz... El que me sigue no anda en tinieblas, tendrá la luz de la Vida"...* *"Nacido Niño -te dice S. Buenaventura- condena tu soberbia. Naciendo pobre, mata tu avaricia. Nacido de una Virgen, ataca tu lujuria"*. Ha aparecido para enseñarnos a vivir según Él, mortificando pasiones, ahogando deseos de mundo...

Celebramos la Circuncisión de Cristo. Al contemplar a Jesús en el Pesebre, al ver correr las primeras gotas de Sangre Divina, el alma profunda de un creyente adquiere dinamismo divino para seguir a Cristo mirando a María.

"Virginidad fecunda"

Un programa de vida nos trae la Virgen. *"Año nuevo, vida nueva"...* Vida nueva por y en Cristo, que *"es el mismo ayer que hoy por los siglos de los siglos"*, según reza la antifona de comunión (Hebr 13, 8). Vivir con sobriedad y justicia, renunciando al mundo y esperando la venida gloriosa de Jesús. Cantad con Sta. Teresa: *"La batalla es corta, el premio eterno"*.

La festividad litúrgica de hoy está consagrada a la Sta. Madre de Dios. Quizá sea la más antigua de sus fiestas. Destila gota a gota la Sangre del Señor y nos recuerda su último y definitivo fluir en la Cruz. En las dos ocasiones, María *stabat*, estaba en pie, ofreciendo y ofreciéndose. Iniciaba los ofertorios de nuestras Misas. Se constituía en modelo. Nos impulsa a inmolarnos también cada día en el Santo Sacrificio. Mañana brillará en el cáliz sobre el altar, la misma Sangre que nuestro Señor vertió por primera vez en la Circuncisión. Es la Sangre formada en el seno virginal de María.

"¡Oh Dios, que por la virginidad fecunda de Santa María regalaste la salvación al humano linaje...!". Así comienza la oración de la Misa. La salvación del mundo, Jesús, en brazos de la Virgen. Y María, aureolada con doble y preciosa corona. Virginidad más pura, la Maternidad más fecunda. Paradoja humana, milagro divino... Virginidad y maternidad parecen términos antitéticos, irreconciliables, pero Dios todo lo puede. De la Mujer más pura que jamás ha existido, hará la Madre más fecunda...

"Para Dios nada hay imposible"

A más pureza, a más virginidad en el alma del creyente, mayor fecundidad apostólica. Engendrará a la Vida Divina millones de almas. En los brazos de la Mujer más pura y de la Madre más tierna que ha habido jamás, se nos regala la salvación del mundo: Jesucristo.

"Te pedimos nos concedas -suplicamos en la Misa- sentir que intercede por nosotros la misma Virgen por quien merecimos recibir al Autor de la Vida, Nuestro Señor Jesucristo"... Ella nos enseñará a vivir esperando la

bienaventurada Venida de nuestro Dios Salvador, Jesucristo. Nos abrazará para siempre en la felicidad eterna del cielo a cuantos fuimos sus hijos en la tierra. "Para Dios nada hay imposible..." (Lc 1, 37).

La Santísima Virgen ha de ser llamada Madre de Dios (San Cirilo de Alejandría)

Profundo, grande y realmente admirable es el misterio de la religión, ardientemente deseado incluso por los santos ángeles. Dice, en efecto, en cierto pasaje uno de los discípulos del Salvador, refiriéndose a lo que los santos profetas dijeron acerca de Cristo, Salvador de todos nosotros: *Y ahora se os anuncia por medio de predicadores que os han traído el evangelio con la fuerza del Espíritu enviado desde el cielo. Son cosas que los ángeles ansían penetrar.* Y a la verdad, cuantos inteligentemente se asomaron a este gran misterio de la religión, al encarnarse Cristo, daban gracias por nosotros diciendo: *Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra, paz a los hombres que Dios ama.*

Pues aun siendo por su misma naturaleza verdadero Dios, Verbo que procede de Dios Padre, consustancial y coeterno con el Padre, resplandeciente con la excelencia de su propia dignidad, y de la misma condición del que lo había engendrado, *no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó de santa María la condición de esclavo, pasando por uno de tantos Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.* Y de este modo quiso humillarse hasta el anonadamiento el que a todos enriquece con su plenitud. Se anonadó por nosotros sin ser coaccionado por nadie, sino asumiendo libremente la condición servil por nosotros, él que era libre por su propia naturaleza. Se hizo uno de nosotros el que estaba por encima de toda criatura; se revistió de mortalidad el que a todos vivifica. *Él es el pan vivo para la vida del mundo.*

Con nosotros se sometió a la ley quien, como Dios, era superior a la ley y legislador. Se hizo –insisto– como uno de los nacidos cuya vida tiene un comienzo, el que existía anterior a todo tiempo y a todos los siglos; más aún, él que es el Autor y Hacedor de los tiempos.

¿Cómo, entonces, se hizo igual a nosotros? Pues asumiendo un cuerpo en la santísima Virgen: y no es un cuerpo inanimado, como han creído algunos herejes, sino un cuerpo informado por un alma racional. De esta forma nació hombre perfecto de una mujer, pero sin pecado. Nació verdaderamente, y no sólo en apariencia o fantásticamente. Aunque, eso sí, sin renunciar a la divinidad ni dejar de ser lo que siempre había sido, es y será: Dios. Y precisamente por esto afirmamos que la santísima Virgen es Madre de Dios. Pues como dice el bienaventurado Pablo: *Un solo Dios, el Padre, de quien procede el universo; y un solo Señor, Jesucristo, por quien existe el universo.* Lejos de nosotros dividir en dos hijos al único Dios y Salvador, al Verbo de Dios humanado y encarnado.

Nuestro camino de fe, unido al de María. Papa Francisco (1 enero 2014)

María está desde siempre presente en el corazón, en la devoción y, sobre todo, en el camino de fe del pueblo cristiano. «*La Iglesia... camina en el tiempo... Pero en este camino —deseo destacarlo enseguida— procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María*» (San Juan Pablo II). Nuestro itinerario de fe es igual al de María, y por eso la sentimos particularmente cercana a nosotros.

Nuestro camino de fe está unido de manera indisoluble a María desde el momento en que Jesús, muriendo en la cruz, nos la ha dado como Madre diciendo: «*He ahí a tu madre*» (Jn 19, 27). Estas palabras tienen un valor de testamento y dan al mundo una Madre. Desde ese momento, la Madre de Dios se ha convertido también en nuestra Madre. En aquella hora en la que la fe de los discípulos se agrietaba por tantas dificultades e incertidumbres, Jesús les confió a aquella que fue la primera en creer, y cuya fe no decaería jamás. Y la «mujer» se convierte en nuestra Madre en el momento en el que pierde al Hijo divino. Y su corazón herido se ensancha para acoger a todos los hombres, buenos y malos, a todos, y los ama como los amaba Jesús. La mujer que en las bodas de Caná de Galilea había cooperado con su fe a la manifestación de las maravillas de Dios en el mundo, en el Calvario mantiene encendida la llama de la fe en la resurrección de su Hijo, y la comunica con afecto materno a los demás. María se convierte así en fuente de esperanza y de verdadera alegría.

La Madre del Redentor nos precede y continuamente nos confirma en la fe, en la vocación y en la misión. Con su ejemplo de humildad y de disponibilidad a la voluntad de Dios nos ayuda a traducir nuestra fe en un anuncio del Evangelio alegre y sin fronteras. De este modo nuestra misión será fecunda, porque está modelada sobre la maternidad de María.